

more, agente secreto de Isabel, declaraba al almirante (10 de junio) que su gobierno no consentiría que Francia se apoderase de los Países Bajos. A medida que eran más tirantes las relaciones entre Carlos IX y Felipe II, Isabel se aproxima á España, y en el mismo mes en que había firmado con Carlos IX el tratado de alianza defensiva (abril), hacía publicar en Londres el restablecimiento de las relaciones comerciales con los Países Bajos, durante tanto tiempo prohibidas. Su casamiento con el duque de Anjou se había roto por la cuestión religiosa, tal como ella deseaba; y habiendo Catalina propuesto inmediatamente á su tercer hijo, que con tal de ser rey estaba dispuesto á todo, Isabel pidió un mes para reflexionar. Lord Burghley (Cecilio) escribió á París que probablemente podría vencerse la irresolución de la reina de Inglaterra si la reina madre le ofrecía con la mano del príncipe la plaza de Calais; Walsingham encargó á Coligny que hiciera esta proposición, pero el rey y la reina no quisieron ni siquiera examinarla.

Los príncipes protestantes de Alemania no mostraban mayor celo por la causa, y las instrucciones redactadas para Schomberg, que iba á visitarlos, demuestran que en 10 de agosto de 1572 Francia no había obtenido nada. El obispo de Dax, por su parte, escribía que no había que contar con el Gran Señor «mientras tendrá la guerra con los venecianos y con los españoles juntos» (31 de julio) (1); de suerte que Francia, si atacaba á España, se encontraría sola.

Las potencias católicas trabajaban para impedir la guerra. El nuevo papa, Gregorio XIII, se esforzaba en reconquistarse las simpatías de la reina madre, á quien habían irritado las censuras de Pío V por su política hugonote, y le enviaba al nuncio Salviati, que sabía era *persona grata*; Venecia mandaba á París un embajador extraordinario para recomendar la paz; Cosme de Médicis, que había asalariado, por bajo mano, á Ludovico de Nassau para hacer la guerra al duque de Alba, prestaba ahora doscientos mil ducados á éste para vencer á aquél; y Felipe II, cerrando los ojos á la manifiesta violación de los tratados, se limitaba, sin formular amenaza alguna, á manifestar que las complacencias del gobierno francés con los hugonotes ponían en peligro la unión de las dos coronas.

Pero, á pesar de la defección de Inglaterra, de la apatía de Alemania y de la hostilidad de la Europa católica, Coligny persistió en su intento y se valía de toda su influencia sobre Carlos IX para reclutar hombres lo más secretamente posible. Bricquemault y Genlis partieron para Mons con 4.000 soldados (12 de julio); pero estas fuerzas fueron sorprendidas por el ejército español y casi exterminadas, no pudiendo llegar á aquella ciudad más que algunos centenares de hombres (17 de julio). Era aquel un golpe terrible para la causa: un testigo dice que aquella noticia atravesó el corazón de Coligny como un cuchillo agudo; los hidalgos que le rodeaban lanzaban gritos de cólera; Teligny, tan pacífico y tan moderado, decía que era preciso comerse el corazón de los españoles, y según parece, el almirante hizo decir á Diego de Zúñiga, embajador de España, que su vida respondía de la de Genlis.

(1) Charriere, *Negotiations de la France dans le Levant*, III, pág. 288.

«La reina tuvo miedo á las armas españolas.» El almirante, odioso ya, hacía peligrar, y Catalina se lo encontraba siempre en su camino: como jefe de partido, había tenido en jaque todas las fuerzas del reino; como consejero de la corona, lanzaba á su hijo á una aventura preñada de peligros; como amigo y como enemigo era igualmente temible. Entonces hubo de surgir en la mente de la reina madre la idea de un asesinato; y precisamente el embajador florentino señala en la fecha del 23 de julio las conferencias de Catalina con madama de Nemours, la madre de los Guisa.

Carlos IX volvía á «fluctuar.» Las noticias que recibía de Flandes le exasperaban: el duque de Alba, que se había apoderado de su carta del 27 de abril y que había hecho hablar á Genlis en el tormento, censuró delante de Mondouct, residente de Francia en Bruselas, la duplicidad de su soberano. El joven rey palideció, al saberlo, y decía indignado: «¿No sabéis que el duque de Alba instruye mi proceso?» Los hugonotes aprovecharon aquella crisis de cólera para atraerse una vez más á Carlos IX, el cual juraba á Coligny que «quería hacer la guerra francamente y cumplir su promesa al príncipe de Orange;» pero la reina, que había ido á recibir á su hija, Claudia de Lorena, regresó á la corte al tener noticia de aquella mudanza y consiguió disuadir á su hijo de su determinación. En efecto, en la audiencia que concedió al enviado extraordinario de Venecia, Carlos protestó de sus sentimientos pacíficos, y Catalina suplicó al embajador que escribiese á la Señoría «que su hijo y ella demostrarían siempre mayor resolución no sólo con palabras, sino también con actos.»

En los primeros días de agosto, celebráronse dos consejos extraordinarios á fin de permitir á Carlos IX que desempeñase la palabra que había dado á Coligny. Primeramente, según parece, discutióse el asunto ante los consejeros togados: Coligny había encargado á un joven protestante, Du Plessis-Mornay, que expusiera en una memoria la justicia, la oportunidad y la facilidad de la conquista de los Países Bajos (2), á lo que el exguardasellos, Juan de Morvilliers, contestó como hombre prudente temeroso de las aventuras y de una guerra eterna con España y que duda de las disposiciones y de los recursos de los insurrectos. Su argumentación fué irrefutable cuando combatió la esperanza, grata á los protestantes, de una cooperación extranjera, y demostró que la reina de Inglaterra «no mira ni desea el engrandecimiento de esta corona» y que los príncipes protestantes, aunque detestan á los españoles, no están resueltos á hacerles la guerra ni á «contribuir al gasto de quien quiera hacérsela.»

También fueron consultados los jefes del ejército, Montpensier, Nevers, Cossé, Tavannes y acaso el duque de Anjou con la reina madre. Coligny habló con gran energía; pero por unanimidad el consejo de los hombres de espada condenó su política. En el calor de la discusión y acaso mortificado por aquella desautorización unánime, el almirante, dirigiéndose á la reina madre, le dijo: «Señora, el rey se niega á entrar en una guerra; quiera Dios que no sobrevenga otra de la cual no esté en su mano retirarse;» frase imprudente

(2) *Mémoires et correspondance de Du Plessis-Mornay*, 1824, II, pág. 20-37.



que sólo expresaba un temor, pero que los católicos fanáticos interpretaron como una amenaza.

A pesar de todo, Coligny no cedió y se dispuso á ir á socorrer al príncipe de Orange con 12.000 arcabuceros y 3.000 caballos (carta de 11 de agosto): el honor le mandaba apoyar á los que, bajo la fe de su palabra, se habían lanzado á aquella aventura; y si hubiese sentido tentaciones de volverse atrás, acaso se lo habría impedido la pesadilla de la guerra civil, pues decía que prefería ser arrastrado muerto por las calles de París á reanudar la campaña. Su ascendiente sobre Carlos IX seguía siendo tan grande, que, no obstante las declaraciones oficiales, el reclutamiento de los soldados se hacía casi públicamente. El Consejo había condenado su política de intervención; pero los hugonotes decían que se cambiaría el Consejo del rey. Los embajadores extranjeros comenzaron á temer nuevos disturbios.

### III.—Las matanzas

Catalina había tomado su resolución: un hombre trataba de alejarla del poder y comprometía la paz y la seguridad del reino, pues era preciso que ese hombre desapareciese. En cuanto á los procedimientos de supresión, le eran de todo punto indiferentes: procedía de un país en donde el fin había justificado siempre los medios; pertenecía á una época en que la vida humana nada valía; y vivía en una sociedad en la que se creía que las acciones de los reyes se substraían á las reglas comunes. Combinó, pues, los detalles del crimen con madama de Nemours y mandó llamar secretamente á Maurevel, que ya había asesinado al capitán hugonote de Mouy y que cobraba una pensión «como matachín del Rey.»

Sólo esperaba la celebración del casamiento de su hija con el rey de Navarra. El papa no había querido conceder la dispensa; pero Catalina prescindió de ella y consiguió que el cardenal de Borbón se prestara á bendecir la unión (18 de agosto). De todos los puntos de Francia habían acudido á París hidalgos protestantes para asistir á las fiestas al lado de la aristocracia del partido. Durante la misa, que se celebró en Nuestra Señora, el almirante, que se paseaba por la nave del templo con el mariscal de Damville, vió las banderas que el duque de Anjou había conquistado en Moncontour y en Jarnac y pensando en las próximas victorias que en Flandes obtendrían protestantes y católicos unidos, exclamó: «Pronto serán reemplazadas por otras de más agradable vista.»

El viernes, 22 de agosto, entre diez y once de la mañana, Coligny salía del Louvre y se dirigía á su domicilio situado en la calle de Bethisy. Maurevel, apostado en la casa de un servidor de los Guisa, acechaba detrás de una ventana enrejada y cubierta con una cortina; el almirante caminaba despacio y se disponía á leer un papel que llevaba en la mano, cuando de pronto un disparo de arcabuz se le llevó el índice de la mano derecha y le rompió el brazo izquierdo. Coligny, impasible, indicó el sitio de donde había partido el disparo; hacia allí corrieron algunos de los hidalgos que le acompañaban, pero no encontraron más que el arcabuz, humeante todavía.

El rey, que estaba jugando á pelota cuando le lle-

varon la noticia del atentado, palideció, arrojó su raqueta y se retiró á su cámara sin decir palabra; Catalina escuchó tranquila el relato del crimen y se encerró en una habitación con el duque de Anjou.

Grande fué la impresión que aquel hecho produjo en París: los más timoratos cerraron sus tiendas, y el preboste de los mercaderes, Juan le Charrón, y los concejales adoptaron las medidas de los días de motín, concentrando delante de las Casas Consistoriales las compañías de arqueros, ballesteros y arcabuceros y poniendo guardias en las puertas de la ciudad. Pero, para evitar el contagio del miedo, mandaron abrir de nuevo las tiendas.

Al palacio de la calle de Bethisy, adonde había sido transportado el almirante, acudían inquietos y furiosos multitud de hidalgos protestantes. El rey de Navarra y el príncipe de Condé habían ido á visitar á Carlos IX para pedirle justicia, habiéndoles prometido el joven rey «hacer en el culpable, en los cómplices y en los fautores tan memorable justicia, que el almirante y sus amigos quedarían satisfechos.» La reina madre, que se hallaba presente, «aparentaba estar muy pesada... que era un gran ultraje inferido al rey, que si hoy se toleraba esto, mañana tendrían el atrevimiento de hacer lo propio en el Louvre, otra vez en su lecho y otra en su seno y entre sus brazos.» Habiendo manifestado Coligny el deseo de ver á Carlos IX, Catalina, que quería impedir una entrevista á solas, transformó la visita en demostración solemne de simpatía y acompañó á su hijo junto con la corte, los más ilustres señores y los príncipes de la sangre. Allí estaban todos los enemigos del almirante, el duque de Anjou, el duque de Nevers, Tavannes, Alberto de Gondi, barón de Retz, un italiano hechura de Catalina; únicamente faltaba el duque de Guisa. Coligny, en su lecho, cual si esperase la muerte, quiso justificarse y justificar á su partido del crimen de rebelión, y exhortó á su soberano á que aprovecharse aquella ocasión, más propicia que otra alguna, «para encaminar bien sus negocios» en el exterior y para aumentar «su dignidad.» Desgraciadamente, dijo, el rey estaba mal servido; los edictos de pacificación no se cumplían y sus consejeros revelaban á los españoles el secreto de las deliberaciones. Habiéndose excitado el enfermo, el Rey le recomendó que se calmase y confiase en él: «Estáis herido en verdad, pero yo siento el dolor de vuestra herida. Mas por el amor de Dios vengaré este ultraje tan cumplidamente que de ello quedará eterna memoria.»

En el entretanto, la comisión encargada de instruir el proceso, había interrogado al lacayo y á la vieja que guardaban la casa en donde se había emboscado el asesino, los cuales declararon que el señor de Chailly, «el día antes,» había llevado allí al arcabucero recomendándolo á sus cuidados. Pues bien, Chailly era superintendente de los negocios del duque de Guisa, con lo que comenzó á verse claro en el crimen comprendiéndose que se trataba de una venganza. El rey ordenó á su capitán de guardias que detuviera al señor de Chailly, pero los Lorena lo hicieron escapar; «y si el señor de Guisa no se hubiese escondido aquel día, el rey habría mandado prenderle.» Entonces la reina madre, sin descubrirse, trató de calmar el resentimiento del rey contra los Guisa, justificando el acto por el

deseo harto natural en un hijo de vengar la muerte de su padre, y recordando una vez más que el almirante había hecho matar á Charry, aquel maestre de campo que tan fielmente la había servido durante su regencia; pero el joven rey se obstinaba en un «deseo apasionado» de hacer justicia.

Los jefes de los hugonotes no le dejaban punto de reposo; su furor y sus desconfianzas iban en aumento, y en un consejo que celebraron en el palacio de Bethisy, después de la visita del rey, Juan de Ferrieres propuso que se marcharan todos de París y que el almirante fuese transportado fuera de aquella ciudad enemiga; pero Teligny, yerno de Coligny, salió con tanta energía fiador de la buena voluntad del monarca que decidieron quedarse y preparar inmediatamente la venganza del atentado. La culpabilidad del duque de Guisa veía confirmada por nuevos indicios, en vista de lo cual la indignación de aquellos hombres de espada se traducía en manifestaciones violentas. Los más apasionados pasaban «en grandes grupos y cubiertos con sus corazas por delante del domicilio de los señores de Guisa y de Aumale,» acosaban á la reina con sus reclamaciones hasta en el jardín de las Tullerías, «y empleaban palabras y amenazas demasiado insolentes, diciendo que herirían y matarían.»

Catalina, que nada había previsto para el caso de que el golpe fallase, hallábase cogida en su propia trampa. Los protestantes amenazaban, la población de París se agitaba y los Lorena se armaban para defenderse. Si el duque de Guisa confesaba para disculparse, si nombraba á su cómplice, si el proceso llegaba hasta ella, ¿qué no había de temer? Preveía el éxodo de aquellos millares de hidalgos fuera de París, y por consiguiente una nueva guerra dirigida por un caudillo implacable; y en aquella alma enloquecida por el miedo y exenta de escrúpulos, abrióse paso (si es que no le fué sugerida por Gondi) la idea de matar á todos los jefes del partido, idea que comunicó al duque de Anjou, á Guisa, á Tavannes, al duque de Nevers y al nuevo guardasellos, el milanés Birague. Los sentimientos de los parisenses eran bien conocidos, y los protestantes sabían que eran tan detestados que suplicaron al rey que protegiese la casa del almirante; Carlos IX, accediendo á sus ruegos, ordenó al señor de Rambouillet que alojara en los alrededores del palacio de Bethisy al mayor número posible de hidalgos de la religión y hasta concedió una guardia al almirante; pero el duque de Anjou fué quien había de escoger á los hombres que debían componerla, y Cosseins, enemigo de Coligny, fué el capitán que había de mandarla.

El sábado, un hidalgo hugonote, Pardaillan, manifestó durante la cena de la reina que si no les hacían justicia, ellos mismos se la harían, en vista de lo cual Catalina resolvió poner manos á la obra aquella misma noche. Para ello era preciso obtener el consentimiento del rey, y Gondi, que era persona grata á Carlos IX, quedó encargado de preparar el camino. Con una franqueza que era una habilidad suprema, el emisario de Catalina declaró al monarca que el crimen no había sido ordenado solamente por el duque de Guisa, sino que en él eran cómplices la reina madre y el duque de Anjou, y no dejó entrever al rey, á quien aquella confidencia había enloquecido y que luchaba entre su ho-

nor, su amor filial y su miedo á nuevos disturbios, más solución que una ejecución sangrienta. ¿Consiguió vencerle ó no hizo más que hacerle vacilar? ¿Fue necesario que Catalina apelase á los supremos esfuerzos y á las súplicas más apremiantes para hacerle consentir en el asesinato? La misma reina madre confesó que había costado gran trabajo decidirle. Los consejeros, de los cuales unos eran instrumentos suyos y otros católicos furiosos, como Birague, Nevers, Tavannes y el caballero de Angulema, recomendaron unánimemente la matanza de los jefes protestantes como una medida de pública salvación, y á duras penas pudieron lograr Nevers y Tavannes que fuesen respetadas las vidas del rey de Navarra y del príncipe de Condé.

Era ya muy entrada la noche cuando se tomó la resolución. El rey llamó al duque de Guisa al Louvre, distribuyó los papeles y dictó las reglas para la ejecución, encargándose él de los hidalgos que estaban alojados en su propio palacio, mientras el duque de Guisa, Tavannes, Nevers y los otros capitanes operarían en París, cuya milicia les ayudaría. El preboste de los mercaderes fué llamado al Louvre por la noche, «muy tarde,» y el rey le dijo que «los de la nueva religión querían alzarse en conspiración contra Su Majestad y contra su Estado y turbar el sosiego de sus súbditos y de su dicha ciudad de París,» y le ordenó que cerrara las puertas, que no dejara entrar ni salir á nadie, que sujetara las barcas con cadenas, que situara la artillería de la ciudad delante de las Casas Consistoriales y en la plaza de Greve, y que convocara las milicias y las apostara en los sitios más importantes. El preboste, apenas hubo salido del Louvre, reunió á los concejales y el ayuntamiento y les comunicó los mandatos del rey; y el escribano extendió en el acto los mandamientos para reunir «á los alcaldes de barrio, á los arqueros, á los arcabuceros, á los ballesteros y á otros funcionarios» de la ciudad. Estas órdenes «fueron enviadas y llevadas al siguiente día..., día de San Bartolomé, muy de mañana (1).»

El rey se había acostado para levantarse casi inmediatamente. Las puertas del Louvre habían sido cerradas y todo el mundo esperaba la señal, porque Tavannes, que era quien dirigía la organización de la matanza, había recomendado que ésta se llevase á cabo de día. A última hora (así lo afirma el hijo de Tavannes) Catalina «se habría vuelto atrás de buen grado,» debiendo sus cómplices darle ánimos. Las compañías de los guardias y los suizos estaban formados en orden de batalla en el patio y delante de la puerta del palacio; algunos hugonotes de la vecindad, atraídos por el ruido de las armas y por el resplandor de las antorchas, interrogaron á los soldados, y habiéndose promovido una disputa, los curiosos fueron asesinados.

Aquella fué la señal. El duque de Guisa corre al domicilio del almirante con gran golpe de gente armada; Cosseins, encargado de proteger al herido, da muerte á los defensores de éste para allanar el camino á los asesinos; Besme, servidor del duque de Guisa, el caballero Attin, doméstico del duque de Anjou, y tres suizos de la guardia real, Conrado Bürg, Martín Koch y

(1) *Registres des deliberations du Bureau de la ville de Paris*, tomo VII, págs. 10-11.



Leonardo Grünenfelder, invaden la habitación en donde el almirante, que ha hecho salir á sus servidores, espera solo y de pie. «¿Eres realmente el almirante?, le pregunta Besme.—Lo soy,» responde Coligny y añade, tal vez sintiendo cierto apego á la vida: «Joven, deberías respetar mi ancianidad y mi dolencia.» Pero la altivez del gran señor y del soldado no tardan en sobreponerse á todo otro sentimiento: «¡Si siquiera me matase un hombre y no ese granuja!» Besme le atravesó el cuerpo con su espada; los demás también le hirieron. Guisa, que desde abajo oía el ruido de los golpes, preguntó: «¿Has acabado ya, Besme?—Ya está,» respondió éste, y entre él y sus compañeros cogieron aquel cuerpo que acababa de fenecer y lo arrojaron al patio. Apenas comenzaba á clarear; el duque se bajó, enjugó con un pañuelo el rostro ensangrentado del almirante y, seguro de su venganza, corrió á continuar la obra que tan bien había comenzado.

En el Louvre, el rey de Navarra y el príncipe de Condé acababan de levantarse, muy de madrugada, cuando fueron arrestados, conducidos á la cámara del rey y forzados á elegir entre la misa y la muerte. Los hidalgos hugonotes, lanzados al patio del palacio, perecieron á manos de los soldados, y los arqueros persiguieron en los corredores á los desgraciados que se ocultaban ó huían, y hasta quisieron apoderarse, en la cámara de Margarita de Valois y en la misma cama de ésta, del vizconde de Leran que se había refugiado allí presa del terror. Las escaleras del Louvre, las salas y las antecámaras quedaron manchadas de sangre.

Los soldados salieron del palacio, en donde reinaba completo silencio, y se dirigieron en grupos á cometer nuevos asesinatos. La mayoría de los jefes protestantes, sorprendidos en la cama, fueron muertos sin haber tenido tiempo ni voluntad para defenderse; así murieron La Rochefoucauld, el marqués de Renel, el barón de Soubise y muchos otros valientes. Quercy fué el único que intentó defender su vida; Teligny se había escapado, pero fué cogido y asesinado. Sus cuerpos, escribe el caballero Cavriana, agente florentino, «fueron arrastrados por las calles, atados con cuerdas como animales muertos.»

La campana del Palacio (de justicia) tocaba á muertos como en los días de motín. La matanza se extendió á todos los barrios y la población se unió á los soldados para perseguir no ya á los jefes, sino á todos los hugonotes sin distinción, á quienes sacaban de sus casas, arrojaban por las ventanas y mataban á golpes de picas, á puñaladas y á tiros, precipitando luego sus cuerpos, después de haberlos desnudado, en el Sena, según refiere Olaegui, secretario del embajador de España. Antes de Mediodía, habían dado muerte á dos mil personas. «La sangre y la muerte corren por las calles en tanto horror, que Sus Majestades mismas, que eran los autores de ello, estaban en el Louvre llenos de miedo.»

El barrio de la Universidad, á pesar de sus privilegios, fué invadido por los asesinos que mataron á algunos extranjeros, á varios alemanes y á muchos flamencos, y á los libreros, y quemaron los libros de éstos. Ramus, cuatro veces cogido y otras tantas puesto á rescate, fué al fin precipitado desde el piso superior del colegio de Presle. Pocos protestantes notables escaparon; Juan de Ferrieres y Montgomery, que vivían en el

arrabal de Saint-Germain, advertidos á tiempo, pudieron huir.

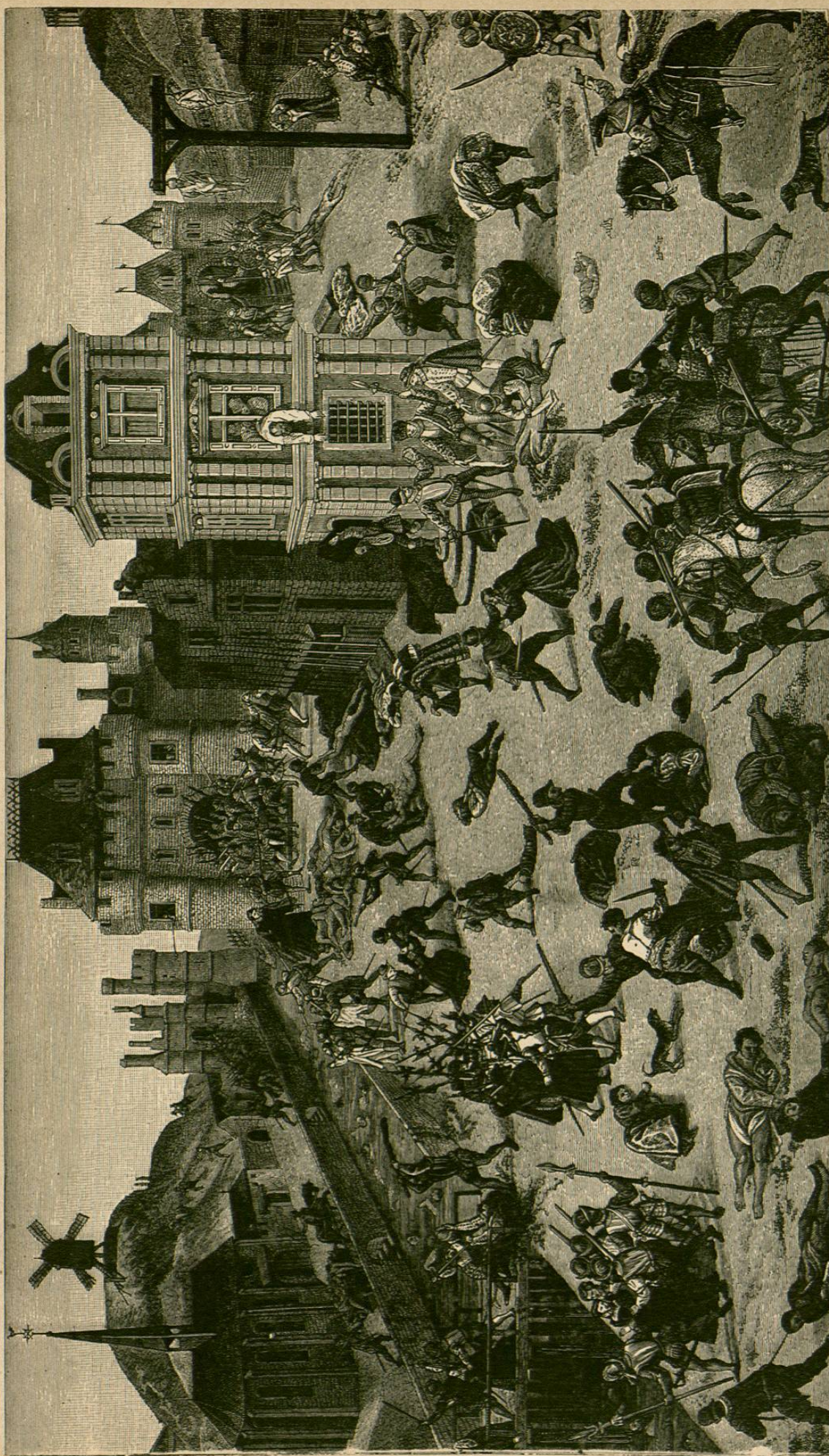
Los asesinos se entregaron al saqueo y los guardias del duque de Anjou se apoderaban de «las perlas de los extranjeros.» A las once de la mañana, la municipalidad, espantada de los asesinatos y más aún de los robos, suplicó al rey que pusiera término á aquellos fueros; pero el rey era impotente. El furor fué durante algunos días fomentado por manifestaciones milagrosas: cerca de la iglesia de San Hilario, una imagen de la Virgen lloraba, y decíase que aquellas lágrimas se las hacían derramar las impiedades y las profanaciones cometidas por los herejes; el lunes, 25, en el cementerio de los Inocentes, un ojiacanto seco se cubrió de pronto de flores, lo que, según muchos, significaba que el reino encontraría nueva vitalidad en aquel baño de sangre. Y ante tales prodigios, se reanudó con más furor la matanza.

El rey vacilaba en asumir la responsabilidad de aquellas sangrientas jornadas; sus cartas de 24 de agosto, dirigidas á los embajadores y á los gobernadores, sólo hablaban de una lucha entre los partidarios del duque de Guisa y los del almirante en la que el rey únicamente había intervenido para restablecer el orden. Pero varios testigos entusiastas llevaban la verdad á las provincias; y el rey mismo envió mensajeros con orden verbal de matar á los protestantes de más viso, si bien después, en 28 de agosto, prohibió las ejecuciones. Las órdenes y las contraórdenes se sucedían dejando en completa libertad las pasiones; allí donde la autoridad vacilaba, los protestantes estaban perdidos, así es que desde el 25 de agosto al 3 de octubre hubo matanzas en diferentes puntos del reino.

En Meaux, doscientos protestantes, detenidos el 25 de agosto, fueron asesinados el 26; la matanza de Orleans duró tres días y causó quinientas víctimas (27-30 de agosto); en Troyes, en Ruán, varios grupos invadieron las cárceles asesinando á los hugonotes que en ellas habían sido encerrados; en Lyon, la población substituyó al verdugo, á quien repugnaban esas ejecuciones en masa, y asesinó á 700 ó 800 personas; en Tolosa, dos consejeros del Parlamento condujeron á los asesinos á las cárceles; en Burdeos, el gobernador del Chateau-Trompette, Montferrand, organizó la matanza de acuerdo con los jurados y los capitanes de la milicia ciudadana. En cambio, hubo lugartenientes del rey que se mostraron humanos y que encarcelaron á los protestantes para salvarlos: el duque de Longueville en Picardía, Chabot-Charny en Dijón, Saint-Herem en Auvernia, Tende en Provenza, Matignón en Normandía, Gordes en el Delfinado, y el vizconde de Orthe en Bayona consiguieron impedir los asesinatos (1).

El día 26 de agosto, Carlos IX se presentó al Parlamento y confesó el acto realizado diciendo que, de no haberse decidido á asestar el golpe, habría sido víctima de aquellos infelices conjurados que habían fraguado un complot para matarle á él, á su madre, á sus her-

(1) L'Hopital, que desde 1568 vivía retirado en su hacienda del Vignay, pudo á duras penas «escapar al furor de los aldeanos de los alrededores.» Catalina, para protegerlo, le envió algunos soldados de su guardia, pero le invitó á que presentara su dimisión de canciller, como en efecto lo hizo (febrero de 1573). Murió en 13 de marzo.



LA NOCHE DE SAN BARTOLOMÉ  
Cuadro de Francisco Dubois de Amiens, existente en el Museo Atraud de Lausana (Suiza)